



370

TRASLADO DE LOS RESTOS

del poeta QUINTANA,

del general SAN MIGUEL

y del novelista ORTEGA Y FRÍAS,

exhumados del Cementerio de la Patriarcal, y conducidos a la
nueva Necrópolis por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid,
el 11 de marzo de 1922



Manuel Josef Quintana

Este poeta altísimo, plectro de bronce y pensamiento de oro, fué nuestro Tirteo y nuestro Píndaro, cantor de las nobles luchas y de las justas victorias, patriota en el más claro sentido del patriotismo, guía de las muchedumbres con su astro, de las inteligencias populares como inaugurador de la Universidad Central, y elegido, en fin, como maestro de una reina.

Nació esta gran figura española en Madrid, el 11 de abril de 1772, y en Madrid, y su calle de Pontejos, número 1, murió el 11 de marzo de 1857, siendo la fecha de un aniversario de su muerte, la elegida por el Ayuntamiento de esta Villa, para salvar tales restos gloriosos del abandono en que se hallaban.

Educado literariamente en el neo clasicismo de fines del siglo XVIII, fué discípulo de Meléndez Valdés, de Estala y de Jovellanos. Aquel criterio estético fué el que reveló en su primera obra *Las reglas del drama*, el año 1791.

Quintana, tanto en la lírica como en la dramática, por los temas que elige y por la grandilocuencia de su expresión, resulta un épico. Sus odas son famosas: *Al mar*, *A la invención de la imprenta*, *A Trafalgar*, *A la expedición para propagar la vacuna en América*, *A España después de la revolución de marzo de 1808*, *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*. Al teatro dió primeramente *El Duque de Viseo*, que estrenó en el del Príncipe, y cuatro años después era representada su tragedia *Pelayo* en los Caños del Peral; *Roger de Flor*, *El Príncipe de Viana* y *Blanca de Borbón*, completan su obra de dramaturgo.

A partir de las luchas por la independencia de la patria, y luego por las libertades públicas, la personalidad de Quintana crece y se agiganta. Quintana periodista funda el *Semanario patriótico*, que comienza en 1808 y en el que colaboraba el ilustre D. Isidoro de Antillón, víctima luego del furor de los fernandinos. Perseguido como liberal cuando la ingratitud del Deseado hirió a los que le habían devuelto el trono, salió en 1820 de la ciudadela de Pamplona, a tiempo apenas para ver morir a su esposa, con quien había contraído matrimonio en Zaragoza el año 1808.

El período de los tres años constitucionales, devolvió a Quintana la consideración oficial, y como presidente de la Dirección de Estudios, realizó el acto transcendentalísimo, de pronunciar el discurso de apertura de la Universidad Central, inaugurada el 7 de noviembre de 1822, en los antiguos estudios de San Isidro.

Restaurado el absolutismo, pudo retirarse a Cabeza de Buey, donde escribió sus cartas a lord Holland. Muerto Fernando VII, establecióse nuevamente en Madrid, y la regencia de Espartero que hizo tutor de la reina al insigne Argüelles, completó su obra, nombrando a Quintana, ayo profesor de Isabel II.

Desde ese período de 1840 a 1843, no volvió a haber en todo el reinado de aquella soberana otro momento de gobernación liberal, más que el bienio de 1854 a 1856. Fué gloria de esta otra etapa esparterista, la coronación de Quintana por las manos de la reina, su antigua discípula, el 25 de marzo de 1855, en el Palacio del Senado.

El mausoleo que se le erigió en la Patriarcal, fue costeado por suscripción nacional que produjo seis mil duros, y es obra de D. Enrique Coello Grande, profesor de la Escuela de Arquitectura. Este monumento será reconstruido en la nueva tumba que recoja los restos de D. Manuel Josef Quintana.



Evaristo San Miguel

Esta otra figura ilustre de la patria y de la libertad, nació en Gijón el 26 de octubre de 1785, y murió en Madrid el 29 de mayo de 1862.

Inició briosamente su carrera militar en la guerra de la Independencia, donde luchó en diversas acciones, y en la de Peña Castillo fué hecho prisionero por los franceses, permaneciendo en Francia hasta el año 1814.

Conspiró con Riego, quien, triunfante el 1 de enero de 1820, le nombró ayudante del Estado Mayor del Ejército constitucional y Secretario de la Junta de Oficiales. Cuando el caudillo restaurador de la constitución evacuó Algeciras para dirigirse a Málaga, San Miguel escribió la letra para el himno que se llamó de Riego.

En 1822, fundó en Madrid *El Indicador*, en el que trabajaron Carnerero y Mesonero Romanos, y donde se publicaban las actas de las sesiones de *La Landaburiana*.

Luchando por la libertad en la calle como en la Prensa, aquel mismo año combatió, siendo comandante del batallón Sagrado, en la gloriosa jornada del 7 de julio. Rendido el rey ante la victoria de los constitucionales, nombró a San Miguel, Ministro de Estado, quien, en tal puesto, dispúsose a deshacer los planes de la Santa Alianza, y señaló a los embajadores de Austria, Prusia y Rusia un plazo para salir de España.

Llegado el momento de la restauración del absolutismo, luchó contra la intervención francesa, siendo herido gravemente y abandonado como muerto. Habiendo podido huir al extranjero, vivió en Inglaterra hasta 1830. Entonces, triunfante en Francia la revolución de julio, que

arrojó para siempre de aquel trono a los Borbones, intentó penetrar en España por Cataluña con una partida de 250 hombres, creyendo que habría llegado la hora de extinguir el absolutismo en nuestra patria.

La muerte de Fernando VII, le permitió volver a España en 1834. Fundó otro periódico *El Mensajero de las Cortes*, y la primera guerra carlista le proporcionó ocasión de volver a blandir su espada por la libertad. Fué capitán general de Aragón, y tomó a Cantavieja. En su labor legislativa ayudó a redactar la constitución de 1837.

Fué Ministro de Marina y luego de la Guerra, en el gabinete que formó Espartero al caer el de Calatrava, y luego durante la regencia del duque de la Victoria, hubo de ser capitán general de Castilla la Nueva, y otra vez Ministro de la Guerra, creando entonces el Colegio general Militar.

La mayor importancia histórica de D. Evaristo San Miguel, aparece en la revolución de 1854. Capitán general de Castilla la Nueva y presidente de la Junta revolucionaria, el fué durante las memorables y tremendas jornadas de julio, el verdadero rey de Madrid. El pueblo le adoraba, y en las más altas regiones se impetraba su ayuda como única salvación. Se le veneraba en Palacio, y los revolucionarios le aclamaban en las barricadas de la plaza de la Cebada. Cuando todo parecía desaparecer en sangrienta voragine, el prestigio del anciano general, lo salvó todo. Al llegar Espartero y constituir gobierno, San Miguel, fué nombrado capitán general de Ejército, y la reina, que bien podía decir que le debía la corona, le hizo duque y grande de España. El antiguo legislador de 1837, ocupó en esta sazón la presidencia de otras Cortes constituyentes.

En 1856, al acabar el bienio progresista, por las ambiciones de O'Donnell, el general San Miguel se retiró de la vida pública, y vivió hasta 1862 ostentando el cargo de comandante general de Alabarderos.

D. Evaristo San Miguel, que tal intervención tuvo en la historia de su patria. Fué también un historiador ilustre, escribió la *Historia de Felipe II*, publicada en 1844, y por la cual fué elegido en 1852 Académico de la Historia. Obras suyas son también, los *Elementos del arte de la guerra*, la *Vida de San Agustín Argüelles* y los *Capitanes célebres de la antigüedad*, de la cual no publicó más que un tomo.



Ramón Ortega y Frías

Exhumados y trasladados ya por sus familias o por distintas Corporaciones los restos de los músicos Eslava y Gaztambide, y del médico, D. Pedro Mata, entre los de las personalidades que recibieron sepultura en el Cementerio de la Patriarcal, el Ayuntamiento de Madrid ha creído oportuno y simpático el hecho de arrebatar también a una triste confusión el cuerpo de un escritor popularísimo en su tiempo.

La novela histórica, la novela de acción, la literatura emocionante que ha cautivado a más de una generación, que ha acostumbrado a leer a muchos humildes y que ha sido, después de todo, un elemento difusor de cultura, a más de ennoblecedor y exaltador de muchas inteligencias, a las que aliviaban de las amarguras de la vida real, tuvo uno de sus más genuinos representantes en D. Ramón Ortega y Frías, que nació en Granada el 1 de marzo de 1825, y murió en Madrid el 11 de febrero de 1883.

La labor de este novelista popular es enorme, y se calcula que publicó más de 150 volúmenes, y todos del gran tamaño que exigían los voraces editores que publicaban aquellas obras por entregas. Algunos de los títulos más conocidos de las obras de este fecundo escritor son:

El caballero Relámpago, Guzmán el Bueno, El diablo en Palacio, La capa del diablo, Las hijas de Elena, La casa de Tocame Roque, El anillo de Satanás, Periquito entre ellas, Los libertinos, Dos pillos, El padre Ginés (Memorias del tiempo de Felipe II), *El primer desliz, Un reinado de maldades, El gran tirano, Los hijos de Satanás, La cruz de la ermita, Amor de un ángel, Un*

drama negro, La nieta del comendador, La loca del Vaticano, La gente de media noche, La política y sus misterios, La sombra de Felipe II, El marqués de la Ensenada, Cervantes, El naufragio del Medusa, La gente cursi, Un Juan Lanas, La vida alegre, El cochero de Sevilla, Honor de esposa y corazón de madre, Historia de una mujer bonita, El amor de una negra, Las islas maravillosas, La iusticia de Dios, El esclavo de su crimen, etc., etc.